

Cena del Señor

Hermanas y hermanos, este es el momento en el que debemos de participar de la mesa del Señor y para que preparemos nuestros corazones, les leo una breve reseña o reflexión relacionada con la misma, titulada: "[La Cena del Señor: Un anticipo del banquete celestial](#)", basada en Mateo 26 verso 29 en el que se lee:

"Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre".

En la Cena del Señor, recordamos y proclamamos la muerte de Jesús, como indica 1 Corintios [11:25-26](#) y se lee: *"Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí. Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga".*

En la Cena del Señor, compartimos juntos por la fe los beneficios salvadores del sacrificio de Cristo por nosotros como nos recuerda 1 Corintios [10:16-17](#) que dice: *"La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan".*

Y en la Cena del Señor, experimentamos un anticipo del banquete celestial. La Cena del Señor es un aperitivo del festín que comenzará el día en que Cristo reúna el cielo y la tierra.

Hermanas y hermanos, consideremos las promesas de Dios en Isaías 25:6-8: *«Y Jehová de los ejércitos hará en este monte a todos los pueblos banquete de manjares suculentos, banquete de vinos refinados, de gruesos tuétanos y de vinos purificados. Y destruirá en este monte la cubierta con que están cubiertos todos los pueblos, y el velo que envuelve a todas las naciones. Destruirá a la muerte para siempre; y enjugará Jehová el Señor toda lágrima de todos los rostros; y quitará la afrenta de su pueblo de toda la tierra; porque Jehová lo ha dicho».*

Ese día, las lágrimas y la vergüenza quedarán en el olvido para siempre. Ese día, la capa sofocante de la muerte que ahora nos asfixia a todos no solo será levantada, sino que será consumida. Ese día, la muerte no será aplazada ni desviada, sino devorada. Si todas estas miserias serán eliminadas, ¿qué las reemplazará? Un festín. Un festín de los mejores. Un festín para personas de todos los pueblos. Un festín para

siempre. ¿No nos darían ganas de cantar? ¿Cantar alto y fuerte en un mar de santos para que sus voces se inflen y choquen como el Pacífico Norte en invierno?, recordemos lo que nos dice Apocalipsis 19:6-9: «Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos. Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios».

Bienaventurados de verdad. Bienaventurados plenamente. Bienaventurados por fin.

La comida en sí misma es una parábola acerca de nuestra impermanencia, un signo de la transitoriedad de todo aquello a lo que nos aferramos y todo lo que nos mantiene unidos. Tienes hambre, comes, te sacias y vuelves a tener hambre; como indica Eclesiastes [6:7](#) que dice «*Todo el trabajo del hombre es para su boca, y con todo eso su deseo no se sacia*».

Pero los apetitos físicos no son los únicos que toca la comida. Como ha dicho Robert Farrar Capon, escritor cristiano, en su libro "La Cena de las Bodas del Cordero": La cena más espléndida, la comida más exquisita, la compañía más gratificante, despiertan más apetitos de los que satisfacen. No sacian la sed de ser del hombre, sino que la despiertan más allá de todo límite... Abrazamos el mundo en toda su gloriosa solidez, pero se debate en nuestros mismos brazos, se declara un mundo peregrino y, a través de las celosías y ventanas de su naturaleza, revela ciudades más deseables aún.

Pero, como dice Capon, y es la realidad, no solo somos un pueblo peregrino, sino que vivimos en un mundo peregrino. La propia creación gime con el anhelo de convertirse en la ciudad permanente que deseamos como indica Romanos [8:19-21](#) "*La creación aguarda con ansiedad la revelación de los hijos de Dios, porque fue sometida a la frustración. Esto no sucedió por su propia voluntad, sino por la del que así lo dispuso. Pero queda la firme esperanza de que la creación misma ha de ser liberada de la corrupción que la esclaviza, para así alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Sabemos que toda la creación todavía gime a una, como si tuviera dolores de parto. Y no sólo ella, sino también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu,*

gemimos interiormente, mientras aguardamos nuestra adopción como hijos, es decir, la redención de nuestro cuerpo ”. Lo anterior se complementa con Hebreos 11:14-16 que dice: “Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad ”; y también con Hebreos 13:14 que dice: “porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir ”.

Por lo tanto, la Cena del Señor es una comida de peregrinos. Como la Pascua, fue una comida para el camino. La Cena del Señor dirige nuestra atención, orientando nuestros sentidos, hacia lo que Cristo ha hecho por nosotros, hacia dónde nos ha puesto y hacia dónde nos llevará. En nuestro viaje por este desierto, Cristo mismo es nuestro maná, y la Cena del Señor nos ayuda a sostenernos en el camino porque lo representa.

Y la Cena del Señor no apaga nuestra sed de comunión con Dios, sino que la aviva más allá de todo límite. Las celosías y ventanas del pan y la copa nos revelan la fiesta más deseable de todas.

La ofrenda

1. Ofrendas con sinceridad de corazón

En el Antiguo Testamento, Dios rechazó las ofrendas de los israelitas porque no las ofrecían con sinceridad de corazón. En Malaquías 1:8, Dios les dice: «Cuando ofrecen animales ciegos para el sacrificio, ¿no es malo? Y cuando ofrecen animales cojos o enfermos, ¿no es malo? Preséntalos, pues, a tu gobernador. ¿Te complacerá él, o te recibirá con agrado? dice el Señor de los ejércitos». Dios quiere que nuestras ofrendas reflejen nuestro amor y gratitud hacia Él, y no que sean solamente una obligación o un acto mecánico.

2. Ofrendas generosas

En el Nuevo Testamento, Jesús nos enseña que nuestras ofrendas deben ser generosas y desinteresadas. En Lucas 21:1-4, Jesús observa a una viuda pobre que ofrece dos monedas de poco valor en el templo. Aunque su ofrenda era pequeña, Jesús la alaba porque ofreció todo lo que tenía. Dios valora más la actitud generosa y el sacrificio que la cantidad de la ofrenda.